

ENTREVISTA: **HORACIO GIBERTI**, INGENIERO AGRONOMO

Por Mabel Thwaites Rey.

"Una buena cosecha no basta para asegurar el desarrollo"

Paradojas del campo. La gran revolución del agro muestra el contraste de tener producción récord y hambre inédita en la Argentina. Según el profesor honorario de la UBA Horacio Giberti, para que la sociedad aproveche la bonanza del campo hace falta redistribuir el ingreso y que el Estado apoye a los pequeños y medianos productores. Fue presidente del INTA y secretario de Agricultura de la Nación. Su siempre vigente "Historia económica de la ganadería argentina" marcó un hito en la historiografía de la materia. Fundó y dirige el Grupo de Estudios Agrarios (GREA), que hoy estudia la evolución agraria del partido bonaerense de Pergamino. Preside el Comité Editorial de la revista Realidad Económica, del IADE.

La imagen del campo como el motor principal del crecimiento es una constante en la historia argentina. Tras la cosecha récord que se prevé para este año, ¿qué asidero tiene esta idea?

—En realidad, yo creo que queda en la mente de mucha gente el recuerdo de otros tiempos, cuando el sector agropecuario representaba el 30% o más del producto bruto interno. Por entonces sí una buena cosecha daba un desarrollo económico extraordinario y una mala perjudicaba mucho al país. Pero hoy no. El sector agropecuario representa el 6 o el 7% del producto bruto. Lo cual no quiere decir que haya perdido importancia estratégica, pero sí que no tiene por sí sólo el efecto motor que tenía antes. Sin embargo, hay que recalcar que si bien la magnitud de la cosecha es importante, lo es más la forma en que se distribuyan los recursos que se generan con ella. Ese es el problema básico del ingreso en la Argentina.

¿Qué cambios se produjeron en el sector agropecuario?

—Lo podría graficar así. Cuando yo me recibí, en 1942, el único insumo comprado de una chacra era la bolsa y el hilo para almacenar la producción. Costaba unos pocos pesos y se requería al fin del ciclo productivo. Hoy, los insumos representan al menos el 50% del costo total y se precisan desde el comienzo del ciclo productivo. Eso indica que hay un enorme cambio económico y financiero, que le da un carácter totalmente distinto al sector agropecuario, y lo hace más interdependiente de los otros sectores de la economía.

¿En qué sentido?

—Hoy el chacarero tiene que ser un buen administrador económico. Por ejemplo, el seguro agrícola y el crédito tienen una importancia que no tenían antes. Y el riesgo económico que corre el productor es muchísimo mayor que cuando sólo compraba bolsa e hilo. Hoy, antes de sembrar, compra semillas carísimas, herbicidas, fertilizantes, y eso implica un enorme riesgo financiero antes inexistente.

¿Cómo se dio esta transformación?

—Verdaderamente hubo un gran adelanto tecnológico, sobre todo en la región pampeana, que es el grueso del sector agropecuario. Cuando fui presidente del INTA, de 1958 a 1961, planteé la necesidad de producir un cambio profundo en el campo, algo indispensable para el desarrollo del país. Por entonces planteaba que si queríamos aumentar la producción teníamos que producir más por hectárea, porque no podíamos agregar más tierras, pues ya estaban totalmente ocupadas. En ese entonces la tenencia de tierras poco productivas era bastante frecuente, porque como la tierra aumentaba de valor más que los otros productos, era una buena caja de ahorro. Entonces me rompí la cabeza para idear medidas que estimularan la productividad y que desestimularan la tenencia de tierras subutilizadas.

¿Fue así como usted pensó en el impuesto que gravaba las tierras improductivas, que intentó aplicar en 1973 desde la secretaría de Agricultura de la Nación?

—Exacto. Para estimular el uso productivo pensamos en un impuesto que gravara lo que debía normalmente rendir el campo si era trabajado bien, la llamada "renta normal potencial". Yo creo que por esa vía y otras medidas parecidas, se hubiera producido un cambio relativamente racional y no doloroso del campo. Pero en lugar de esto se produjo un cambio muy traumático, desde Martínez de Hoz en adelante, y acentuado durante el menemismo, a través de una política económica que no tenía por objeto el bienestar de las personas sino únicamente la rentabilidad del capital. Se aumentó enormemente la presión tributaria y por esa causa dejó de convenir tener campos poco productivos.

No puede decirse que Martínez de Hoz fuera partidario de imponer un impuesto a la renta agraria.

—No, claro, pero aplicó un aumento impositivo muy fuerte y regresivo: suprimió la progresividad del impuesto sobre la tierra, de manera que le aumentó porcentualmente más la carga a los pequeños y medianos productores que a los grandes, con independencia de si producían o no.

¿El objetivo era fomentar la concentración de la propiedad?

—En rigor, el objetivo inmediato era fiscal. Pero tuvo como consecuencia directa que la tenencia de tierra ociosa se hiciera imposible. En ese proceso de concentración de la política del liberalismo económico, se fue liquidando gran parte de la explotación mediana y pequeña. Porque existe gran riesgo financiero en la explotación moderna y el crédito a un costo racional quedó fuera del alcance de la mayoría de los productores chicos. Los grandes, en cambio, pudieron financiarse para desarrollar su producción y aumentar sus tenencias de tierra. Este proceso se profundizó aún más durante los 90, con la retirada del Estado. Los datos del último censo van a demostrar que hay una fuerte concentración y liquidación de estos productores medianos y pequeños, un crecimiento de las grandes explotaciones y también una vuelta a la tierra arrendada.

Uno de los datos actuales es la significación que han adquirido las empresas que, con capacidad económica y tecnológica, alquilan campos para hacerlos producir a gran escala.

—En el sector agropecuario actual se está afirmando una estructura de producción que apunta a obtener una alta rentabilidad y nada más. Antes las alternativas de producción fuera del sector agropecuario no existían. Es decir, el chacarero tenía que producir en el campo o morirse de hambre. Pero eso cambió completamente: desde emprendimientos industriales hasta la mera especulación financiera, las opciones se

ampliaron y con ello el objetivo pasó a ser obtener la mayor renta en el menor tiempo posible. Hoy hay una gran masa de capital que está buscando una inversión rápida y que le permita cambiar de destino velozmente, según el cambiante panorama económico. El prototipo serían los fondos de inversión: se juntan una o varias personas con bastante capital, para invertir donde puedan obtener rápida rentabilidad y mantener la liquidez.

¿Cómo se mueven esos fondos en el sector agropecuario?

—Arman una empresa que tiene como base alquilar tierras por una cosecha. Eso fue posible porque, entre otras cosas, se modificó la anterior ley de arrendamiento que prohibía arrendar por una sola cosecha más de una vez. Con la vieja ley, un comodato no podía tener menos de cinco años de duración, lo que establecía una ligazón muy grande entre el capital y la tierra. Ahora, con esa modificación que viene de la época de Martínez de Hoz, se puede indefinidamente alquilar un campo por un solo año, algo peligroso desde el punto de vista de la conservación del recurso. Porque al ocupante ocasional le preocupa tener la mayor rentabilidad posible y le interesa muy poco conservar la tierra. Desde el punto de vista individual —quien alquila o, incluso, quien da en alquiler— puede ser bueno, pero socialmente es disvalioso degradar un recurso productivo.

¿La importancia se ha desplazado de la tenencia de la tierra a la disponibilidad de capital y maquinarias?

—La gran empresa tiene la ventaja de que dispone de mucho más fácil acceso al crédito. Tiene, por su volumen, más facilidad para comercializar la producción, para comprar los insumos. Esta nueva estructura económica, que desplaza a la vieja chacra, tiene también un fuerte impacto negativo sobre la estructura social, especialmente sobre los pueblos del interior.

¿Quiere decir que se produce una fuerte desintegración del tejido social?

—Estas grandes empresas consumen poco en el lugar en el que obtienen la producción. Adquieren los insumos y las máquinas en grandes empresas de Buenos Aires y los ingresos que generan también los remiten a la Capital. La vieja estructura basada fundamentalmente en la chacra familiar, que compraba, consumía y vendía en el lugar, fue la que generó los pueblos del interior. Actualmente estoy trabajando en un proyecto de investigación en Pergamino, que es el clásico pueblo surgido de estas típicas chacras familiares.

¿Pergamino sirve como ejemplo del deterioro productivo nacional?

—Es un caso muy paradigmático. Pergamino creció, primero, por el impulso de la producción agropecuaria; luego, cuando ésta ya llegó a su máximo, creció porque se convirtió en un centro de comercialización del norte de la provincia. Después tuvo ciertas industrias de carácter local y tuvo la primera fábrica de cosechadora de maíz. Incluso llegó a tener industrias de producción nacional, como Anam. Tuvo una especie de cordón industrial alrededor de la vieja ciudad. Y todo eso fue desapareciendo con la desindustrialización. Pero lo destacable es que junto a las industrias fue mermando esa chacra familiar, víctima de la concentración agropecuaria. Hoy da pena ver cómo florece el robo y el cuatrерismo, por la destrucción del trabajo agrario e industrial.

¿Cómo se explica que la Argentina tenga un boom en la producción de alimentos y, al mismo tiempo, cifras récord de miseria y desnutrición?

—Esto es consecuencia de una estructura económica que disminuye el mercado interno, las fuentes de trabajo y el consumo. En este marco, el sector agropecuario, sobre todo el pampeano, se fue conformando en una especie de enclave, que no vive del mercado interno y al que no le interesa sino colocar más y más volúmenes de su producción en el exterior. Por eso se da esta paradoja de que producimos, a la vez, alimentos y hambrientos. Por eso una cosecha récord, si no se redistribuye el ingreso, no cambia la situación interna.

Hay quienes opinan que la solución es desarrollar huertas comunitarias para que la gente obtenga sus propios alimentos.

—Creo que en este tema hay una ilusión colectiva. Desde luego que en este momento terrible las huertas comunitarias pueden servir para paliar la situación, y por eso es bueno que se las apoye. Pero con una visión de más largo plazo, lo que tenemos que procurar es que la gente tenga trabajo productivo. Porque una familia que trabaje un pedacito de tierra y que logre unas pocas hortalizas para su propio consumo o para venderlas miserablemente por ahí, nunca va a desarrollarse. Esto sólo podrá lograrlo cuando sus miembros puedan trabajar en aquello que satisfaga mejor sus aspiraciones. No puede ser concebido un desarrollo nacional si no hay trabajo genuinamente productivo.

¿Y el campo puede generar empleos productivos suficientes?

—El campo es fundamentalmente expulsor de población, porque como se tecnifica, requiere menos trabajo, y por tanto, menos población. Hoy estaba viendo unas cifras que muestran que más o menos en cincuenta años la producción agropecuaria, en cifras muy globales, se duplicó, como la población total argentina. Pero la población activa agropecuaria, la que verdaderamente trabaja en el campo, disminuyó: pasó de un millón seiscientos mil a novecientos mil. Por mucho que intensifiquemos la tarea del campo es evidente que el sector agropecuario no va a brindar trabajo para toda la masa de población que lo necesita. En el mundo no hay país que tenga un sector agropecuario pujante que no tenga, a la vez, una industria desarrollada. Y no sólo me refiero a la agroindustria, sino a todas las ramas industriales. Por eso, es absurdo creer que, como hace ochenta años, una buena cosecha puede salvar al país. Esa historia no puede volver, porque correspondía a un país pequeño y agrario.

Aquí no hay movimientos como los Sin Tierra de Brasil. En rigor, nunca existió una masa campesina significativa, pero hay entidades que propician la vuelta de la juventud al campo. ¿Eso es posible?

—Creo que esta postura es más romántica que real. Con las cifras que manejamos es evidente que no hay capacidad en el campo para absorber el crecimiento de la población activa. Además, que todos los hijos de los chacareros sean chacareros me parece un enfoque que no es verdaderamente progresista. Todos los hijos de los comerciantes no tienen por qué ser comerciantes; ni médicos los de los médicos. Cada uno tiene que tener la posibilidad de estar en lo que más satisfaga sus aspiraciones, y de capacitarse según sus inclinaciones. Pero además, hoy no se trata sólo de dar tierras para formar chacareros, hace falta todo un desarrollo tecnológico que exige recursos y formación. Hoy es necesario apoyar crediticia y tecnológicamente desde el Estado a las pequeñas y medianas empresas agropecuarias, no sólo porque pueden dar empleo, sino porque son integradoras del tejido social del interior.

COPYRIGHT CLARIN, 2003.